



Miranda

RICO.

Que del ajeno mal ¿quién hace cuenta?
 Va con ella doméstico el caballo,
 Y ella agrada de su vista y talle
 A Brabonel pretende presentallo,
 Y con esta ocasion nueva obligalle:
 Y si él cual debe no le estima, dallo
 En premio á quien prometa de vengalle
 Del afrentoso agravio que le hizo
 Aquella noche el moro advenedizo.

ALEGORIA.

En las tragedias de Bahamel y su esposa, hechas tan á ciegas, y con tanta desgracia, se muestra lo mucho que en los sucesos humanos pueden las estrellas bien ó mal afortunadas, que aunque no llegan á forzar la libertad del albedrio, no hay duda que en las cosas

inferiores es gran fuerza la del hado, que segun la opinion de algunos, referida por Santo Tomas, es la disposicion del signo en que cada uno es concebido, al cual aunque le es superior el libre albedrio, en muchas cosas se deja vencer de su violencia, y principalmente en aquellos casos que el saber y prudencia humana no alcanza á prevenir, y eso quieren decir las desgracias del caballo Clarion, que la fuerza de las estrellas predomina en los brutos, y en la parte sensitiva, y no en el albedrio humano y voluntad racional. En Ferraguto abrazado con Arleta, se muestra cuanto cierto es en el hombre caer de las manos del deleite en las del arrepentimiento: la vela de Arleta significa los aparentes antojos de un deseo amoroso, y cuan otras de lo que son pinta y barniza las cosas. Ferragut peleando con las gentes de Biarabi en favor de Galiana, es figura de la irascible contra los estorbos que se le ofrecen al paso del conseguir el fin que el hombre pretende: y en Biarabi destruido y frustrado de su intento, como un traidor pocas veces se escapa de morir á manos de su traicion.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO. Describese quien fue Arleta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio porque le veogue de Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que la llevaba presa. Llego el campo de España á Sarsueña. haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Carlidoro á reconocerlos, ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon compañeros suyos hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Carlidoro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo.

Fue Arleta (es bien, señor, que sepais esto
 Para mas luz de su famosa historia)
 Una maga falaz, cuyo compuesto
 Rostro aun conserva Tajo en su memoria,
 Y en una carcomida gruta puesta



MIR

RICO.

Su primera beldad hace notoria,
 Y del furor de su ánimo insolente
 Esto por tradicion cuenta la gente.
 En su florida edad de agrado y gusto,
 Aunque altiva en su trato, y deshonesto,
 Con que en celosas rabias y disgusto

Siempre á Toledo trajo en bandos puesta:
 Amiga de Yucef, moro robusto,
 Que á toda España gobernó, y con esta
 Mano en su pretension no hubo interese
 Que no intentase, y con que no saliese.
 Mas el tiempo que todo lo consume
 Dió y tomó como en otras en sus cosas,
 Dióle males que cuente, años que sume,
 En ferias de las perlas y las rosas;
 Quedándose tan vana, que presume
 Que aun pueden ser al gusto apetitosas
 Las fruncidas arrugas, y las sañas
 De los húmedos ojos sin pestañas.
 Tirando de la edad cuanto mas pudo,
 La ponzoña del tiempo y del afeite
 El turbio rostro le dejó sañado,
 De unciones lleno, destilando aceite:
 Y el débil cuerpo de raices nudo
 Con las vivas memorias del deleite:
 Mártir de nuevas aguas y legias,
 Que en reumas trueca el curso de los dias.
 Perdió con ellas los manchados dientes,
 De un ojo el sol, y la una y otra ceja,
 Que estos son los toisones escelentes
 Que el torpe vicio á quien le sigue deja:
 Al fin hecha de humor horribles fuentes,
 Por todas partes consumida y vieja
 Dió en procurar con infernales medios
 A su antigua pasion nuevos remedios.
 Tenia en el Tajo entre una obscura breña
 Una encubierta gruta en que vivia,
 Y una fuente llamada de la Dueña,
 Que de ara á sus conjuros le servia:
 Quizá fue á donde ahora es Fontidueña,
 Y su nombre heredó desta harpia,
 Que hay fama que en su pueblo aun persevera
 Nobleza desta antigua hechicera.
 Tenia la fuente siempre emponzoñada,
 Y enturbiando sus aguas el sentido,
 Dejaban la memoria embelesada,
 Y el gusto al suyo sin querer rendido:
 Con que en torpe deleite ocasionada
 Deseo no tuvo sin le ver cumplido,
 Sino el de Ferragut, cuya locura
 Las luces apagó de su hermosura.
 Esta pues con las riendas del lozano
 Caballo Clarion va su camino,
 Trazando en sí de darlo de su mano
 Al que ya hizo de sus gustos dino:
 Al feroz Brabonel zaragozano,
 O á quien le busque y mate al sarracino,
 Pretensor bravo del gallardo potro,
 Que al uno adora, y aborrece al otro.
 Gozó de Brabonel algunos dias
 En vario engaño y ciegos embelecicos,
 Hasta que al fin por encubiertas vias
 De su cueva huyó á los montes secos;
 Sin valer ya con él magas porfias,
 Ni de su halago los fingidos ecos,
 Y presa de su amor entonces iba
 Con la memoria y la aficion mas viva.
 Cuando al bajar de una pequeña loma
 Vió un caballero de unas armas goles,
 Que bañada la espada en sangre asoma
 Cual sol de abril en rojos arboles,
 Y que el camino hácia la selva toma
 Tras dos gallardos moros españoles,
 Que el caballo le han muerto por dejalle
 Sin que seguirlos pueda á pié en el valle.
 Alcanzó al uno de un revés ligero,
 Que lo fue mucho mas que su caballo,
 Yendo al suelo caballo y caballero,
 Sin que trate el que huye de ayudallo:
 Y acertando el segundo golpe fiero
 Le abrió del hombro al pecho, y pudo dallo

Tan á gusto y sabor, que el que huía
Con solo alfanje y sin arnés venia.

Al otro le valió su ligereza,
Y el victorioso caballero armado,
Volviendo á todas partes la cabeza,
A Arleta vió bajar por el collado,
El caballo del diestro, que en belleza
Escede á cuantos Betis ha criado,
Con el rico jaez que al huello ufano
Sonando el oro le hace mas lozano.

Era este caballero el gran Rangorio,
Padre que es de Oliveros, y de Baldo,
El que en Mopsa mató en su Consistorio
Alevemente al conde don Grimaldo:
Aquel conde nobleza de Sertorio,
De Montesinos padre, y de Teobaldo,
Que á España huyeron, y de su renombre
A la Peña de Francia dieron nombre.

Este por Carlo Magno era en Girona
Gran duque, y á esta empresa toledana
Con el falso rey vino de Pamplona
Por ver de Brabonel la espada ufana,
Con quien probó aquel día su persona
Dentro en la inculta selva comarcana,
Mientras que el rey como hambriento lobo
De una tierna cordera hacia su robo.

Y estando en lo mejor de la batalla
A ellos vieron venir tres caballeros,
Publicando el peligro en que se halla
En el bosque la infanta y sus monteros:
El moro Brabonel por ayudalla,
En fe le pide de inclitos guerreros
En aquel punto dején el combate,
Y al día siguiente alarguen su remate.

No lo otorgó el francés, que era su intento
Que Biarabí saliese con la empresa,
Cuando los tres con ciego atrevimiento,
Viendo á traicion llevar su infanta presa,
A un tiempo juntos su furor violento
A dar sobre él bajaron con tal priesa,
Que sin que Brabonel pueda estorballo
Mataron sino á él á su caballo.

Y no admitiendo el de Aragon la suerte
Que á su victoria el tiempo le ofrecia,
Las riendas vuelve, y de su pecho fuerte
El brio á dar favor á su alegría:
Rangorio de los tres dió á los dos muerte,
El tercero huyó á servir de guia
A Brabonel, cuando el preñado monte
Al valle parió á Arleta, y á Clarionte.

Salíó á ver el retrato en que tenemos
Juntos el de hermosura y de fiereza,
Caballo y dama, donde visto habemos
De las obras del tiempo la firmeza:
Ambos de los azares los estremos,
Uno en torpe fealdad, otro en belleza,
Ahora Rangorio en ambos entrampado
¿Cómo se librará de desgraciado?

Preguntóle, á quien lleva aquel caballo,
Y respondió á sabor la astuta vieja,
Que es suyo, y que lo lleva para dallo
En premio á quien la vengue de una queja:
Ofrécese el francés á procurallo,
Y ella á su gusto y voluntad lo deja,
Con tal que hasta vengarla en cualquier via
Segura le haga y noble compañía.

Refirióle que habiendo regalado
De casa y cena á un falso caballero,
La habia sin culpa suya deshonrado,
Y mostrado á sus blandos ruegos fiero:
«No sé, dió el francés, lo que ha pasado,
Yo haré lo prometido verdadero,
Lo demás tú lo sabes, solo digo
Que tenia hambre quien cenó contigo.»

Miróle de mal gusto la ramera,

Y á no haber dalo ya el caballo, es cierto
Que por solo aquel mote no le diera,
Aunque le diera á Ferraguto muerto:
Mas viendo que enojarse entonces fuera
Perderlo todo, prosiguió el concierto
Como astuta y sagaz por mil maneras,
Echando en burlas las pesadas veras.

Y él con ella á las ancas por la selva
A buscar fue la gente de Pamplona,
Antes que el fiero Brabonel revuelva
De Toledo á amparar la real corona:
Mas por presto que á dar alcance vuelva
Al amado escuadron, y á la persona
Del encantado y diestro Ferraguto,
Su primer fiesta habrá trocado en luto.

Y como en los azares que traia
El francés cabe todo, vió temprana
Su cierta destruicion en alegría
En que la gente estaba toledana:
Que este es el gran guerrero que salia
Del monte, y suspendió de Galiana
La respuesta, y de Arleta el desenfado,
La que mas que los muertos manchó el prado.

Fue general la turbacion siguiente,
Galiana en conocer por el escudo
De tres coronas al francés valiente,
Y él en ver tal destrozo quedó mudo:
Arleta hallando á Ferraguto presente
Tenerse de temor en pié no pudo,
Cayendo del caballo sin aliento
A los piés de su altivo pensamiento.

El moro mas que nadie alborotado
Viendo el caballo tras que ayer corria,
Y de otra parte el bullo embalsamado
Que cual muerta fantasma le seguia;
De uno rabioso y de otro alborotado,
Romper por todo su furor queria...
Mas del acometido rompimiento
Otra vez se dirá el furor violento.

Que ya Tibalte á vista de los muros
Y levantadas torres de Sansueña,
A trinchar y hacer fosos seguros
Del gran Leon encamina la alta seña:
Y en distintas escuadras por sus duros
Collados va en bellísima reña,
Tal que la antigua magestad de España
El aire, aunque oprimida, en triunfos baña.

De Sansueña el alcaide un tiempo esposo
Fue de Brunilda, hermana del rey Silo,
En quien de un parto tuvo peligroso
Dos hijos, y mil lágrimas á hilo,
Muriendo para dar fruto precioso,
Con mas gracias que flores riega el Nilo,
En una bella niña y un infante,
Como la luz que al día va delante.

Al niño hurtó un esclavo en un desierto,
O cruel le mató sin culpa alguna,
Mas de la niña el cielo hizo un enjerto
En su rostro del sol y de la luna:
Tomó en sus ojos la hermosura puerto,
Desde donde ella y el amor á una
Los dulces tiros hacen, cuya guerra
En un cielo de paz vuelven la tierra.

Fue su nombre El-rinda, y el a un mayo
De flores, cuyo pecho y alma altiva
De un fuerte amor el poderoso rayo
Al primer golpe la dejó cautiva,
Y hoy de una larga ausencia el frio desmayo
Apenas la esperanza tenia viva,
Cuando en sus vueltas la fortuna incierta
Viva con una la volvió de muerta.

Del conde don Tibalte un noble hermano,
Que Argildos de Velasco se decia,
Por su teniente en el real cristiano
Puesto en favor de la ciudad venia:

Altivo, jóven, de ánimo lozano,
Pecho fuerte, y robusta gallardía,
Que en la corte de Oviedo con bastante
Favor fue desta dama tierno amante.

Vino el valiente godo á la jornada
Solicitado de amoroso ruego,
A ver su gloria con la vista amada,
Cuyas ausencias le han tenido ciego:
Y porque el rayo de su ardiente espada
Allí importa que ayude á sembrar fuego,
Al fin entre el furor que el alma encierra
En busca de su paz vino á la guerra.

De finos jaspes con relieves de oro
En lo mas alto de una torre habia
Un bello mirador, que el campo moro,
Y de Arga la ancha vega descubria:
Aquí á las voces de un clarín sonoro,
Que descubrió la hermosa infantería,
En rico estrado de oro la gallarda
Florinda su vistoso alarde aguarda.

Cercada de bellísimas doncellas,
Y de esperanzas y deseos cercada,
Por ver la entrada de los campos ellas,
Y ella por ver de su amador la entrada:
Con rica cinta de esmeraldas bellas,
Y un delphin que las traga por lazada,
En agüero feliz que está en bonanza,
Ceñida ya del fin de su esperanza.

Puesto á su lado el venerable Artero,
Que plático en la guerra les dijese
Bandera por bandera el campo entero,
Y quien su capitán y escuadra fuese:
Fue la gente llegando, él con severo
Aunque alegre semblante, en que se viese
De su cordura y discrecion el modo,
Así fue señalando el campo todo.

El que á su cuenta trae el estandarte
Real, y el aire enciende con su acero,
Debajo cuyas grevas viene un Marte,
Mas que el que en Tracia riñe altivo y fiero:
Aunque de godo tiene una gran parte,
De la antigua montaña es el primero
Tibalte de Velasco, y desta gente
Digno caudillo y general prudente.

Bello Centauro en medio los barbechos
Pinos de Osa parece en brio y talle,
Cuando con dos espaldas y dos pechos
La espesa selva asombra y rompe el valle:
Tiemblan á sus piés anchos los barbechos,
Las fieras y ganados le hacen calle,
Y él dejando tras sí la alta montaña
Las fuentes turba, y hunde la campaña.

Del antiguo Idubeda, que ya puso
Nombre á esta inculta sierra, es descendiente,
Y la gallarda escuadra que en difuso
Monton le cerca de su casa y gente,
Diestra en la alegre caza, y en el uso
De herir de lejos con venablo ardiente,
Cuyas flechas y dalles enastados
Por los aires alcanzan los venados.

El que sigue tras dél con su bandera
Es el valiente jóven Coribanto
De Teucra sangre casta verdadera:
El siguiente es el noble Radamanto,
Que una hidalgua escuadra rige entera
Del valle de Solorzano, y el manto
De hoces de verde plata y lirios de oro
Siembra en su nueva gala un real tesoro.

Claverindo es aquel, y las legiones
Que la fértil Rioja el valle opaco
Con rejas rompen, y los ricos dones
De Ceres gozan y del libre Baco:
Aquel es Aldigér, cuyos florones
Del limpio arnés y del bruñido jaco
Los rayos dan, que ahora con sus brios

Vuestros ojos deslumbran, y los míos.
Su gente siempre á guerras inclinada,
Y puesta al enemigo por frontera,
Con corvo arado, y con luciente espada
A un tiempo abre del surco la carrera:
La que tras ella en ala concertada
De un dragon de oro sigue la bandera,
Es de las quiebras de esta insigne sierra
Escogida la flor de cuanto encierra.

Del valle de Bastán los mas valientes
Aquellos son de los escaques de oro,
Hechos á defender por sus vertientes
De sus famosas minas el tesoro:
Aquel es Berlicano, los siguientes
Son Peralta y Cerdan, que al pueblo moro
Han ganado en diversas ocasiones
De sus graves escudos los blasones.

De dos mil es su bella escuadra junta,
Gente insigne, ligera, y belicosa,
Arrogante, feroz, y que se apunta
En cólera y furor por cualquier cosa:
No sabe en general herir de punta,
Ni de lejos la flecha peligrosa
Despide á donde haga golpe vario,
Mas pecho á pecho rinde á su contrario.

Monsalve es quien la guia, por ausencia
Del príncipe Teobaldo de Guevara,
Cuya grave persona y real presencia
Su ilustre sangre muestra al mundo clara:
Nacido donde de Arga la violencia
En rocas de cristal rompe y declara
Entre un preñado monte, y su eminente
Risco el vistoso origen de su fuente.

Es el que la argentada luna vuela
En campo azul el lusitano Argante,
Famoso cazador y que en la escuela
De Cupido gran tiempo fue cursante:
Diez años la bellísima Clarella,
Que ahora es ya su esposa, fue su amante,
Y tantos en su ardiente sangre moza
La esperanza vivió del bien que goza.

De ochocientos caballos le acompaña
La bella escuadra que en Setúbal hizo,
A quien freno ni espuela, industria ó maña,
Ligereza les da ni brio postizo:
Es fama que al frescor de su campaña
Del mar vecino el viento movedizo,
En sus fecundas yeguas dió la cria
Que despues con su padre competia.

Desto se precian, y de haberles hecho
El rey Tubal primeros deste mundo,
Dando principios á su pueblo estrecho
(Si es como dicen) sobre el mar profundo:
Con ellos van los que el dorado techo
Guardan de Bamba, y su jardín fecundo,
En Hircana, y aquellos que en Mondego
Las sombras gozan de su fértil riego.

Las armas destes son ligeros dardos,
Dorados yelmos, y argentadas mallas,
Con que veloces cruzan, y gallardos
Cual mejor gustan tejen sus batallas:
Los que ya allí de sus plumeros pardos
La alegre sombra da en nuestras murallas,
Son ochocientos asturianos fuertes,
Diestros á hacer en sus contrarios muertes.

Dos tantos trae el escuadron siguiente,
Todos de lo mejor de la montaña,
Y ambos á cargo y cuenta del valiente
Romi, que allí su luz la vista estraña:
Este del rey Hesperio es descendiente,
Que antiguamente gobernó en España,
Y aquel lucero de oro en medio un cielo,
Armas son y memoria de su abuelo.

Fue Hesperio un gran gigante, de quien toma
Italia nombre, y nuestra España aumento,

Y de Romi, su nieta, el suyo Roma
(Si es de la fama verdadero el cuento);
Que este del sacro Tiber la ancha loma
Hizo gemir, y abrió el primer cimienta
Del muro, á quien despues los dos hermanos
Con la sangre bañaron de sus manos.

Allí viene Fabricio, ¡oh adverso hado!

Sin su querido hijo cual solía,
De su alma vida, abrigo de su lado,
Y bella lanza, si en Leon la había:
Con la hermosa Gaviria desposado
Por festejar sus bodas salió un día
A caza, y el correr de un oso fiero
Hizo un segundo Adonis del primero.

De Bardulia mil fuertes moradores
Siguen el tremolar de su bandera,
Hombres duros, incultos, sufridores
De los trabajos y la hambre fiera:
Menosprecian las penas, son mejores
Cuanto mas el rigor les persevera,
Cantan en los tormentos, y las furias
Al verdugo acrecientan con injurias.

Son de su natural duros y atroces,
Que su tierra de hierro y pedernales
Hecha una dura pasta, los feroces
Animos cria á su cosecha iguales:
A la ira prestos, al herir veloces,
Y al aceptar pendeencias liberales,
La madre mas piadosa al hijo amado
De acero le arma y le ocasiona armado.

Está toda Cantabria á la influencia
Del fiero norte, y su importuno yelo,
Hiriéndola de lleno la inclemencia
De aquel cuartel de riguroso cielo;
Con sola esta pequeña diferencia,
Que en las figuras de su tardo vuelo,
Los dragones, los osos, las serpientes,
Son allá arriba estrellas y acá gentes.

Pues ya con el clarín de aquesta guerra
Sus helicosos pechos alentados,
No quedó valle en su fragosa sierra,
Que cual Tebas no espigue hombres armados:
Los que en desentrañar la dura tierra,
O en las ardientes masas ocupados,
El metal labran, que de luz vestido
En las hornazas hierve con ruido.

Los que del Deva gozan los cristales
Que le entrega el helado Pirineo,
Y á los que en sus salados minerales
De blanca sal les dan sabroso empleo:
Los que del mundo habitan los puntales
Sobre las nubes puestos por trofeo,
Y en la Peña Udalacha y en Ambroto,
Sombrió gozan y agradable soto.

Es este el fresco valle de Arrazola,
Con quien se aunan por diversas vias
Los que por las riberas del Urrola
El rumor sordo asombra de herrerías:
Cuando en ardientes llamas arrebola
Del pardo hierro las escorias frias,
El que al valle de Aytona, y de Zumaya,
De mimbres ciñe la florida raya.

Briganto es el que allí con plumas varias
Cual rojo leon fantástico campea,
Y Arnesto el que se sigue, de contrarias
Opiniones y modos de pelea:
Aquel quita á las armas ordinarias
El entero espaldar, donde se vea,
Que yendo en las espaldas sin abrigo,
Jamás las ha de dar al enemigo.

Mas Arnesto de solo acero viste
Las espaldas, y el resto desarmado,
A su contrario mas seguro embiste
Que si de dobles petos fuera armado:
En prevenirse con recato insiste

Al que puede venir descaminado,
Que el enemigo que delante halla
Harto hace en defenderse en la batalla.

Tras estos dos, que un solo arnés bastante
Defensa y armas da en cualquiera guerra,
Con las suyas le sigue lo restante
Del rio Lezo, y su abundante tierra:
El valle de Olearso, el relumbrante
Menlasco, la encumbrada y fértil sierra
Que el rio Vidaso rompe cuando llega
A ver de Urantzua la espaciosa vega.

Quinientos firmes hombres de armas lleva
Cada uno destos dos, á quien se junta
La gente que del rio Arajes prueba
Romper los yelos con pesada yunta:
La de Arracilo antigua, y la mas nueva
Del Irnio monte, y su nevada punta,
Gentes todas indómitas, feroces,
De diestras manos, y de piés veloces.

Tienen por triunfo de su brazo fuerte
No perdonar la vida al enemigo,
Mas vencer ó morir de cualquier suerte
Sin otro que su escudo por abrigo:
Juzgan por sola venturosa muerte
La que en la guerra queda por testigo
De su braveza, y sin valor ni fama
Quien tras largo vivir murió en la cama.

El de aquella dorada cruz por seña
Es nieto del famoso Ballugante.
Fundador de los muros de Sansueña,
Y sucesor del Mauritano Atlante:
Vino á la luz que nuestra ley enseña
Por oración del santo monge Arbante,
Que la alta Peña de Udalacha habita,
Y el mundo rige allí desde su ermita.

Con él vienen los pueblos que de Soria
En vida agreste labran las montañas,
Y la sierra Menistra, cuya anoria
Derrama el rio Jalon de sus entrañas:
Los que del Caco antiguo la memoria
Entre los surcos guardan y espadañas
Del frio Moncayo, en cuya cumbre ufano
Su alcázar tuvo el nieto de Vulcano.

Fue este el primero que en la fragua ardiente
De las masas de hierro forjó espadas,
Y el que el yelmo inventó resplandeciente,
Y anudó al jaco mallas enlazadas:
Del tercio de Ibarbuen era esta gente,
Mas hoy guía sus escuadras reforzadas
De Atlante el sucesor, que un trance honrado
Vida á su dueño le quitó, y cuidado.

Mas que diré de tí, oh Alces valiente,
Sino que tú eras solo poderoso
Con tu gran corazon, y el de tu gente
A volver desta guerra victorioso:
Tras tí los que del Dueña en la corriente
De beber gozan su cristal sabroso,
Y los que de Gijon los fuertes muros
Obra romana aun guardan hoy seguros.

Los marítimos pueblos de su costa,
Y los que de Pelayo el estandarte
En escuadra vió humilde, y á la angosta
La voz seguir de un no temido Marte,
Y á los que el paso estrecho y ensangosta
Del valle Riar la venturosa parte,
Que sus cenizas guarda en fama eterna
De Cobadonga en la feliz caverna.

Entre ellos van los mismos que al rio Deva
Ven ir volcando yelmos acerados
De sesenta mil moros, que con nueva
Muerte los dejó el cielo allí enterrados:
Huesos y armas al mar trastorna y lleva,
Los labradores calzan sus arados
Con los arneses que de la alta sierra
El rio que la carcome desentierra.

Fabio es aquel que en rayos de diamantes
Y acero ardiendo lleva el yelmo duro,
Gran capitán de Orense, y sus triunfantes
Pueblos aquellos de aquel polvo obscuro:
Estos con sus cuchillas relumbrantes
Hechos un escuadron tejen un muro,
Mas fuerte que de mármoles cuadrados
A los que dentro dél se hallan guardados.

Allí segura encierran su bandera,
Y aun su reino pudieran todo junto
Si en tan estrecho término cupiera,
Sin dél perder ni de su honor un punto:
Con los que al rojo Miño su ribera
Cultivan, y un fastástico trasunto
De Marte hechos sus montañas yermas
Labran, y gozan las romanas termas.

Van los que de su rio la ancha fuente
Ven, y al de Lugo fecundar la sierra,
Y el noble pueblo, á quien de Baco ardiente
El nectar baña la abundante tierra:
Hierven las cubas, y su licor caliente
Hace al mundo sabrosa y dulce guerra,
Y ellos de anchas cortezas de alcornoque
Rodelas usan, y acerado estoque;

Pintadas de serpientes y leones,
Bandas, castillos, águilas, estrellas,
Sin poner por trofeos ni blasones
Los bellos rostros de sus ninfas bellas:
Tienen por sacrilegio en sus cuestiones
Que yendo allí sus damas den en ellas,
Y caso á su arrogante pecho injusto
Que aun las sombras ofendan de su gusto.

Y ellos tan cerca riñen de ordinario,
Quemiden pié con pié el desnudo estoque,
Porque del yerro ajeno el golpe vario
En daño de su autor sus armas toque:
Que así la espada afierra del contrario
De su frágil rodela el alcornoque,
Que se queda con él, y desarmado
Es fácil de matar cualquier soldado.

Larsio es aquel de aquella luna nueva,
Gran hombre de á caballo en ambas sillas,
Sertorio el otro, que las gentes lleva
De Fontible, y las torres de Mantillas:
Allí va Sacrisildo haciendo prueba
Del real valor que de ambas las Castillas
Heredó de sus padres, y á su lado
Montalvo el rojo resplandece armado.

Los que en la sierra Orbién las moradas
Gozan de los antiguos Pelendones
Vienen tras él, y todas la cañadas
Que de su lago asombran las visiones:
Gentes á ver fantasmas enseñadas,
Que otra cosa no son que los varones
Ya vueltas vanas sombras, que en Numancia
Contra Roma mostraron su constancia.

Es fama que estas gentes ya cansadas
De la prolija hambre, y cerco duro,
Sus mismas armas contra sí asestadas
Fuego sembraron en su intacto muro:
Y de sus firmes venas desangradas,
Rojas manchas de Duero al cristal puro,
Que despeñado va de tierra en tierra
Huyendo al mar de su espantosa sierra.

De Berlanga, Gormaz, Osina, Arlanda,
De Tordesillas, de Zamora, y Toro,
Es la gente feliz que aquella banda
De negro luto sigue en campo de oro:
Aquel es del gran conde de Miranda
El estandarte real, este es Montoro,
Capitán de Simancas, y el siguiente
De Calahorra la invencible gente.

Estos, los cuales matan en su tierra,
Armados poner suelen por los muros,
Y con muertas fantasmas hacer guerra,

Y sus flacos adarbes mas seguros:

Y cuando el año se les alza y cierra,
Y el pan les falta, y los bizcochos duros,
Ni eso les rinde, ni les hace daño,
Que como tengan guerra no hay mal año;
Que armados salen de hambre, y la comida
Al enemigo quitan mas valiente,
Y cuando no hallan mas quitan la vida,
Y los cuerpos traen muertos á su gente:

Y no es carne para ellos desabrida,
Que la ira con la hambre es suficiente,
Para que si en sus trojes falta el trigo,
Se coman con sabor al enemigo.
Este es el grave Firmio, cuyo pecho
Del antiguo Diomedes descendiente,
Un fénix trae por timbre de oro hecho
En llamas de un balax resplandeciente:

Empresa de Vergidio, que al estrecho
Vierzo un tiempo dió nombre, y con su gente
En rubias masas de metal sonoro
A sus altas medulas sangró el oro.
Allí de Carracedo el negro lago
La gente da á este guerra que él recibe,
Suelta y feroz, que en su encubierto pago
De pescar sierpes por las aguas vive:

No sabe que es tener tiempo aciago,
Ni de la muerte horror, solo concibe
Deleite el alma cuando en dura brega
A echar las garras al contrario llega.
No usan blancos venablos, ni su flecha
La cuerda escupe en arcos desiguales
Mas duros robles de áspera cosecha,
Empedrados de vivos pedernales:

Porque mas les probó que en guerra estrecha
Ver del contrario rostro las señales,
Y ellos en medio del sangriento estrago
Sierpes parecen de su obscuro lago.
Así el Leonés decía, y la hermosa
Florinda, adime, dijo, ó sabio Altero,
De aquellos dos hermanos la pomposa
Librea que allí descubre el limpio acero:

De un talle son, de un cuerpo, y una airosa
Alma pienso les da el aliento entero,
Segun en sus acciones se remedan,
Que ambos van, ambos pasan, ó ambos quedan.
Rió Altero, ay no sois, señora, dijo,
Vos sola quien cayó en esa sospecha,
Que ya en muchos se dijo, y se desdijo,
La misma conjetura por vos hecha:

Y ellos no hermanos son, mas padre ó hijo,
Y si mas firme puede, y mas estrecha
Ser la fe y la amistad, mas firme y bella
La dió á los dos su venturosa estrella.
Leonardo es el padre, que en Valencia
De una hija del rey hubo á Lisardo
En una cueva, donde la violencia
Huyendo le llevó de un suelto pardo:

Hallóla allí, y no hallando resistencia
En su gusto, no fue en cumplirlo tardo,
Niño, y niña tambien la mora bella,
Que salió madre, donde entró doncella.
Parió á Lisardo, y en mantillas de oro
A su padre le envió en grave presente;
Gastando él en criarle un gran tesoro,
Nada á su real grandeza diferente:

Y hoy en el rostro, el talle, y el decoro,
Lo mismo cree que vos toda la gente,
Y ellos con gusto del sabroso engaño,
Siempre se visten de un arnés, y un paño.
Mas el que allí con plumas amarillas
El oro aviva del grabado escudo,
Si bien la débil vista percibillas
Entre el contento y sobresalto pudo,

Mi nieto Alcindo, diestro en ambas sillas,
Fuerte en la brida, en la gineta agudo,

En el brio me parece, en que sin tasa
Honra da á mi vejez, lustre á su casa.

Ya conozco de su águila la aguda
Vista y las plumas de oro con que vuela,
Oh jóven bello, á quien mi lengua muda
Siempre en contar tus hechos se desvela,
Dete el cielo feliz próspera ayuda
Cortando tarde la preciosa tela,
En que tu heroica juventud recama
Honra á tu patria y á su nombre fama.

Tenga en tu diestra la fornida lanza
Mas firme encuentro, y golpe mas cumplido,
Que tu padre infeliz tuvo en Arlanza,
Donde á mis flacos piés le vi tendido:
Apenas me dió en ti nueva esperanza
El cielo, apenas tú de un mes nacido
Eras, cuando se halló viuda tu madre,
Yo sin mi amado hijo, y tú sin padre.

Del bárbaro Argalin la inútil clava,
Mientras él con Chaquin, y el fuerte Ardante,
A una su espada y su ánimo probaba
Con diez vencidos moros por delante,
Bajó á traicion; ¡oh cielo! á quien tocaba
Vida y brazo guardar tan importante,
¿Por qué al padre infeliz darle quisiste
Golpe tan grave, confusion tan triste?

Cayó muerto á mis piés, ¡oh bado inhumano!
Que aun lugar no me dió el dolor que siento
A cerrarle los ojos con mi mano,
Ni á mi boca pasar su último aliento:
Mas al cruel homicida no con vano
Furor el mio pasé, que así sediento
De su sangre la mia satisface,
Que honor, vida, y victoria le deshice.

Vengué tu muerte al fin, pluguiera al cielo
La suerte, oh hijo amado, se trocara,
Y con mi inútil carga el rojo suelo
La tuya alegre y nueva rescatara...»
Así en perlas bañando el blanco pelo,
Que venerable adorno da á su cara,
Altero, entre el dolor y la alegría,
Del vivo y muerto hijo proseguía.

Movió así el grave llanto el noble pecho
De las tiernas doncellas, que ninguna
Dejó de acompañarle; él satisfecho
De aquella compasion de su fortuna,
Enjugando los ojos sin provecho,
«De cuantos! dijo, ¡ay Dios! sin culpa alguna
Mi vista ver su gallardía no supo,
Mientras sin fruto en lágrimas me ocupo!

¿De cuantos sin razon no he dado cuenta,
Dignos de que la haga el mundo dellos!
¿Cuántos de aquella nube polvorienta
La sombra cubre, y el placer de vellos!
Allí ha de ir Alfajardos, la sangrienta
Luna, y los dos luceros son aquellos,
Que á vista de los moros de Tafalla
Quitó á Almanzor en singular batalla.

Deste os quiéiera haber mostrado el brio,
Y el tuyo, ó generoso Calimarte,
Que á su lado andas siempre con sombrío
Penacho hecho un fantástico dios Marte:
Mas de tí, ó nuevo alférez de quien fio,
Que á la sombra he de ver de tu estandarte
Triunfar á Oviedo, y las francesas sañas
Rendidas al valor de tus hazañas.

¿Qué diré de tí digno, ó Virbio fuerte,
De Portugal caudillo, y de Galicia,
Qué diré de tu brazo, de tu suerte,
De tu esperiencia y brio en la milicia?
Del intrépido ardor contra la muerte,
Y del inmortal nombre la codicia,
Con que en batallas veinte y seis campales
A los pechos sacastes las señales?

Ninguna á las espaldas recibiste,

Que como á ellas siempre echaste el miedo,
Por no mostrarlo en tí jamás las diste
Al contrario, ni aun yo alcanzarlas puedo;
Mas ya, señora, desta insignia triste
Que aquí subiendo va mira el denuedo,
Y aquellas negras plumas, que en su vuelo
La fama espanta al mundo, y toca al cielo.

Ovento es el que dentro en la enlutada
Insignia llora el padre recién muerto,
De insigne lanza, y de temida espada,
Y pulso en el justar mas firme y cierto:
Hijo invencible del famoso Estrada,
Grave mago, y astrólogo encubierto,
Que supo cuantas en figuras bellas
Por sí via lactea ciérne el cielo estrellas.

Supo de los secretos de los diés
La gran revolucion, supo en el fuego
Adivinar por diferentes vias
Del mundo por venir el curso ciego:
Y aunque esto, oh noble astrólogo, sabias,
Nunca supiste del contrario Orbeo
Huir el traidor golpe, que invisible
A tu pecho metió la muerte horrible.

Lleva este de las torres de Coruña,
Y campos de Tresmiera, mil soldados
Del leon rapante tras la garra y uña,
De pieles de osos y alcornoque armados.
Este es Ricardo del valor de Orduña,
Aquellos dos de azul y blanco armados
Dos hermanos, Arnalte es este el fiero
Caudillo de la casa de Biberio.

Aquel es Cleofonte, aquel Doraco,
Insigne este en el arco, el otro en maza,
Y el de aquel fino y relumbrante jaco
Oton, señor del parque de Peraza:
El que al volar de aquel plumero opaco
Los rayos de oro de su yelmo abraza,
Es el ilustre Alpidio, insigne hermano
Del que ahora rige el pueblo zamorano.

Trae de Astorga á su cargo las banderas
Astorga, á quien de Astirios las campanas
Nombre v. cimientos dieron, y sus fieras
Armas el asturiano á las montañas:
Cuarenta son de á cinco las hileras,
Que de Sanabria el lago entre espadañas
Al son armó de su clarín, y el río
Tera les añadió arrogancia y brio.

Casi otros tantos de argentada malla
La ribera vistió del claro Orbeo,
Cuyos collados la áspera batalla
De los Suevos cubrió de sangre y fuego,
Cuando de esta nacion por acaballa
Hizo el rey Teodorico horrible entrego
Al gótico furor, y de sus gentes
El ancho río bebió sangrientas fuentes.

Usan estos por armas largas ondas
De blanco lino y sedas de colores,
Que al despedir su tiro con redondas
Vueltas hacen vistosos resplandores:
Llueven de piedras turbulentas ondas,
Despiden desde lejos sus furoros,
Y de sus estallidos por los huecos
Montes retumban los sonoros ecos.

El que el guion de aquellos lobos pardos
Cual veis lleva tras sí es Grabelio el fuerte,
Y los que le acompañan los gallardos
Pueblos que al Nervio río dió la suerte:
Estos en prestas flechas y anchos dardos
Al contrario escuadras envían la muerte
Volando, como escuadras de aves juntas,
Que el aire rompen por diversas puntas.

Allí va el pueblo que la corva raya
Del fresco monte de Bilbao cultivada,
Y para grandes flotas por su playa
Los gruesos robles y álamos derriba:

El de Vermeo cabeza de Vizcaya,
Y el que de los Pelasgos se deriva,
Y á sus consultas públicas aplica
Su grave sombra el árbol de Garnica.

Mas mirad ya el que al resto de la gente
Tanto en su mismo esfuerzo se adelanta,
Que debajo de sí su altiva frente
Los campos mira, y á quien mira espanta:
De seis cercos de acero es el valiente
Escudo con que da vislumbre tanta,
El limpio arnés grabado de oro fino,
Y en vez de lanza un desmochado pino.

Este es el bello Argildos, que en la tierra
Ni hay beldad ni braveza que le iguale,
En quien con aparato real se encierra
Cuanto luce en amor y en la honra vale:
Después del general de aquesta guerra,
La que mas en valor campea y sale
Es su persona, y la que en grita y pompa
Mas de la fama suena en la ancha trompa.

Aun no del rubio bozo el blando vello
La limpia tez del rostro le ha escarehado,
Y en cuatro campos el altivo cuello
De otros tantos jayanes ha cortado:
Trae por empresa en campo verde un sello
De una flor, y por letra «es mi cuidado,»
Y aunque el sagaz intento oculto guarde,
El fuego muestra que en sus venas arde.

Así el prudente Altero en voz severa
A la bella Florinda describía
Del campo real bandera por bandera
El alarde pomposo en que venía:
Y ella colgada de la voz postrera
Con nuevos alborozos de alegría,
Al bello jóven por su triunfo y palma
Desde allí por los ojos le dió el alma.

Y no hallando de amor el fuego ardiente
Lugar de dilatar su gran contento,
A dar órden en ver su amado ausente
Dentro se retiró de su aposento:
En nada halla quien ama inconveniente,
Todo lo allana un amoroso intento,
A esto se entró, y á reposar á solas
De sus deseos las crecientes olas.

En tanto en el ejército pagano,
Que al amparo del muro de Pamplona,
Con tremolantes lunas, y en lozano
Contorno le ciñó feroz corona,
El asiento escogía de su mano
En que alojar su campo, y su persona,
El bravo Cardiloro, que aquel día
El real baston de general regia.

Fantástico y soberbio, porque un moro
Mágico y lisonjero le adivina,
Que ahora sea de gusto, ahora de oro;
Allí le espera una abundante mina,
De adonde ha de robar de un gran tesoro
La joya en su valor mas peregrina,
Con que avariento y vano ya se sueña
Señor de todo el oro de Sansueña.

Por un oculto soto que hace el río
Solo se entró á buscar con pecho ardiente
Para un asalto el puesto mas vacío,
De pertrechadas fuerzas, y de gente;
Cuando al fresco de un álamo sombrío
Un barco de oro vió, y en él presente
Una beldad, que al moro descuidado
Suspension en verla le dejó, y turbado.

Medida en un profundo pensamiento
Con el recelo y gusto parecía
Que entre olas de pesar y de contento
El cuidado en el alma iba y venía:
Ya el rostro entristecido y soñoliento,
Ya con nuevo alborozo y alegría,
Que á quien con atencion lo consider

Cuanto hay dentro en el alma sale fuera.
Así en alto blandon tierna candelá,
Dispuesta á todos vientos da y recibe
Sombras y claridad, se abrasa y vela,
Y una vez se amortigua, otra revive:
Y la eclipsada luna puesta en vela
Del nocturno silencio así concibe
Al trasponerle el sol sus resplandores
Un mudable color de mil colores.

Estuvo el moro á contemplar un rato
En nuevas avenidas y concursos,
De miedo, de osadía, y de recato,
Buscando á su dolor varios recursos;
Donde la alteracion de rato en rato
Mas claros le mostraba los discursos
De la suspensa dama, en quien sin duda
Amor vió ser el que la altera y muda.

Cobró de esta sospecha atrevimiento
Para llegar con ánimo á hablalle,
Que cualquiera liviano pensamiento
Baja la estimacion, y humilla el talle:
Y al tiempo que salió á probar intento,
Ella se entró sin velle ni miralle,
Quedando deslumbrado, y el altivo
Gusto entre su esperanza muerto y vivo.

Y como si la vida le llevara
El aire de aquel bulto de alabastro,
Sin fuerzas queda, y sin vigor se para,
Cual mago absorto al contemplar de un astro:
Sin brio el pecho, y sin color la cara,
Solo muriendo por sacar de rastro
Quién sea la luz que allí le dejó en calma,
Y con vista de paz le venció el alma.

Venían en guarda de su real persona
Serpilo, y Celedon, moros valientes,
Nacido uno en Sansueña, otro en Pamplona,
Pláticos en su tierra, y en sus gentes:
Estos de un mirto espeso en la corona
Ocultos mandó estar, porque presentes
Con la suya no estorben la salida
Del bien que ya es el todo de su vida.

Y él vuelto á su lugar como primero,
Sin los ojos mover de la ventana,
Si á salir vuelve mira del lucero
La segunda vislumbre soberana:
Mas viendo al día en su escalon postrero,
«A gozar de la noche es cosa llana
Salir estrellas, dice, mas la mia,
Si es sol, ¿cómo la espero antes del día?»

Que mucho que el mancebo Salamino,
Que vivo el sol dejó, le halle aborçado
Del firme acero de un balcon divino,
Que cielo un tiempo fue de su cuidado,
Si al fin le vió su dama; mas yo indino
De semejante bien, aunque he colgado
Cuerpo, alma, y pensamientos de tus rejas,
Ni me quieres mirar, ni verte dejás.

Mas tiéndase esta noche á eternos años,
que tantos seré yo de tu esperanza,
Sin dar un paso atrás en los estraños,
Por donde amor me arroja y abalanza:
O sea este el tesoro, ó sean los daños,
Que fortuna me agüera, y su mudanza,
No sé nada de mí, ni quién me ha puesto
En un deseo de morir tan presto.»

Dijo, y no mas atento el engolfado
Piloto en medio de la noche oscura,
El instrumento puesto, y el cuidado
De dar mas cierto el punto de su altura,
La vista tiene fija en el nublado
Que del Norte escondió la hermosura,
Ni está en mas suspension alta la ceja,
Que el moro en la ventana, y en su reja.

Y no en vano del todo, pues ya cuando
Del horizonte pardo el aire puro